LA BODA DE QUEVEDO.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE DON NARCISO SERRA.



MADRID.
Imprenta de la calle de San Vicente, á cargo de José Rodriguez,
1854.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

EL TEATRO.

TÍTULOS DE LAS OBRAS.

Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*.

Con razon y sin razon.
Cañizares y Guevara.
Cómo se rompen palabras.
Cosas suyas.
Conspirar con buena suerte.
Chismes parientes y amigos.
Cada cual ama á su modo.

Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
De audaces es la fortuna.

El anillo del Rey.
El amor y la moda.
El chal de cachemira.
El caballero Feudal.
Espinas de una flor.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
Entre bobos anda el juego.
El escondido y la tapada.
En mangas de camisa.
¡Está loca!
El rigor de las desdichas, ó Don Hermógenes.
Esperanza.
El Gran Duque.
El Héroe de Bailen, *Loa y Corona Poética*.

El Licenciado Vidriera.
El Suplicio de Tántalo.

TÍTULOS DE LAS OBRAS.

Faltas juveniles.

Flor de un dia.

Hacer cuenta sin la huéspeda.
Historia china.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.

Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Juana de Arco.

Los Amantes de Teruel.
Los Amantes de Chinchon.
Los Amores de la niña.
Las Apariencias.
La Banda de la Condesa.
La Baltasara.
La Creacion y el Diluvio.
La Esposa de Sancho el Bravo.
Las Flores de don Juan.
La Gloria del arte.
Las Guerras civiles.
La Gitanilla de Madrid.
La Hiel en copa de oro.
La Herencia de un poeta.
Lecciones de Amor.
Lorenzo me llamo y Carbonero de Toledo.
Lo mejor de los dados...
Llueven hijos.
Los dos sargentos españoles, ó la linda vivandera.
La Madre de san Fernando.
La Verdad en el Espejo.
La Boda de Quevedo.

Mi mamá.
Misterios de Palacio.

LA BODA DE QUEVEDO.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE DON NARCISO SERRA.

MADRID.
Imprenta de la calle de S. Vicente, á cargo de J. Rodriguez.
1854.

Al eminente actor D. Julian Romea, dedica esta comedia, como una débil prueba del mas sincero cariño, su leal amigo

El Autor.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA ESPERANZA DE ARAGON, señora de Cetina..............	Doña Carmen Carrasco.
DOÑA GAITANA, dueña.	Doña Conc. Sampelayo.
D. FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS....	D. Julian Romea.
D. MARCIAL DE PACHECO..............	D. Antonio Pizarroso.
D. JUAN ADAN DE LA PARRA, Inquisidor ordinario..............	D. Antonio de Guzman.
D. ANDRES DE BARRIZALES	D. Elias Aguirre.
MATEO, valiente.......	D. Lázaro Perez.
LEONARDO. } Criados.	D. José Sineo.
GINES...... } Criados.	D. Fernando Guerra.
UN ESCUDERO	D. Gerónimo Gonzalez.
Esbirros.	

La accion es en Madrid, año de 1634. Comienza de dia y concluye á las tres de la madrugada.

ACTO PRIMERO.

Sala de paso en una casa de posada: á la derecha, en primer término, el cuarto de Quevedo: á la izquierda el de D. Marcial: sobre esta última puerta habrá una ventana; puerta al foro.

ESCENA PRIMERA.

QUEVEDO *y* DON MARCIAL.

Quevedo vá á entrar en su cuarto. Don Marcial sale del suyo.

MARCIAL. Tal vez irá á San Gerónimo. (*Ap.*)
Don Francisco! (*Viéndole.*)
QUEVEDO. Don Marcial!
Pues desde cuándo en la córte?
MARCIAL. Muy pocas horas hará.
QUEVEDO. Vivís aqui?
ARCIAL. Sí.
QUEVEDO. Me honra
vecino tan principal.
MARCIAL. Yo bendigo de encontraros
la feliz casualidad,
pues tal vez vuestros consejos
me libren de algun azar.
QUEVEDO. Pues qué! Jugais á las pintas?

MARCIAL. Arriesgo mi capital
al juego mas peligroso
de todos los juegos que hay:
juego con amor...

QUEVEDO. Bien hecho,
si no haceis mas que jugar;
pero si pasa de juego,
pobre de vos!

MARCIAL. Escuchad.
Al señor don Luis Pacheco
Narvaez, mi tio carnal,
plugo mandarme á Cetina
para ir á representar
su persona, en unas bodas
de un deudo que casó allá.
Hubo motes, danzas, músicas,
é hizo la fatalidad
que entre otros varios festejos
quisieran tambien probar
á presencia de las damas,
con armas su habilidad
los galanes: ya veis, yo
no me podia excusar;
sobrino y á mas discípulo
del tirador sin igual
don Luis Pacheco.

QUEVEDO. Está claro.

MARCIAL. En una ancha sala, ya
entarimada al efeto,
con gradas donde mirar,
y cuajadas todas ellas
de la gente principal,
esgrimieron unos *diestros*,
harto torpes en verdad.
Yo tambien cogí un estoque,
y me coloqué en mitad
de la sala, no creyendo
que hubiese nadie capaz
de disputar á un Pacheco
la ventaja en pelear,
cuando un hidalguillo vizco,
mas feo que un alacran,

saluda, y se pone en *guardia*,
cubriendo la diagonal:
yo dije, «aqui de mi tio,
tercera y quinta, cis, zaz.»
Domeño el último tercio,
apoyando el gavilan;
pero el hidalgo maldito,
(confúndale Satanás)
cuando esto estaba pensando
sin saber cómo, me dá
una estocada tan recia,
que hubiera sido mortal,
á no tener *zapatilla*
el arma: salí de allá
renegando del descuido,
y me decidí á tornar
á Madrid: en la posada,
y en hora avanzada ya,
oigo pronunciar mi nombre
y hablar del lance fatal.
Era el hidalgo: mi sangre
hervia como un volcan;
lancéme del aposento
diciendo: «Sálgase acá:
y haciendo *juego de puntas*
veremos si es tan locuaz,
como esgrimiendo de burlas,
esgrimiendo de verdad.»
Salímos todos al patio,
y hace la casualidad
que tenga el mismo descuido,
y el mismo *golpe* me dá.
Sin doctor y sin botica
lo hubiera pasado mal,
á no llegar á la venta
una dama... una deidad,
que dolida de mi estado,
humana y traidora al par,
bálsamo aplicó á la herida
y al alma dardo mortal.
Curé; pero con mirarla,
perdida mi libertad,

vanos fueron para ella
mi gemir, mi suplicar:
anoche llegué á la córte,
y á nadie he visto en mi afan:
me instalé en esta posada
por huir de visitar;
no sé si he perdido el juicio,
ó si le tengo cabal...

QUEVEDO. Es decir, que fué el remedio
peor que la enfermedad.
Don Marcial, no lo estrañeis;
no lo estrañeis, don Marcial,
que la hembra que es mejor hembra
es una calamidad:
por ellas todo lo malo,
por Eva perdióse Adan,
cuando por ella hincó el diente
al prohibido vejetal.
Dalila esquiló á Sanson
el pelo y la dignidad,
y por ella despechado,
cuando tornó á pelechar,
desquició una sinagoga
mayor que una catedral.
Por los ojuelos de Iole
Hércules se puso á hilar,
trocada la maza en rueca
y en mugercilla el jayan.
Anduvo con cola y cuernos
Júpiter, la alta deidad,
porque el amor por Europa
le estaba haciendo bramar.
Y si una hembra hace de un Dios
un toro, sin mas ni mas,
pensando piadosamente,
con el que no es Dios, qué hará?
La Cava, por poco acaba
con toda la cristiandad.
Por tentar á San Anton
(que no se dejó tentar)
tomó cuerpo de hembra el diablo,
y es cosa muy natural;

pues todas las hembras tienen
en el cuerpo á Satanás.
Ellas hacen al que es célibe
combatir y trasnochar;
ellas hacen al casado,
aunque sea viejo ya,
en la estatura crecer,
en las haciendas menguar.
Y frailes y mercaderes
se pierden por ellas mas,
que necedades han dicho,
queriéndome censurar,
Alarcon, Pacheco, Góngora
y Perez de Montalvan.

MARCIAL. Mordaz como siempre...

QUEVEDO. Y gracias
que he sabido ser mordaz,
que á no ser porque mordia,
me hubieran comido ya.
Veintidos pleitos me cuesta
mi torre de Juan Abad,
y pago mas en derechos
que de derecho me dá.
Siendo propietario, no
puedo en mi casa habitar,
porque dicen que conspiro
contra el ministro, y jamás
me han visitado personas
de descompuesto genial,
á no ser las nueve musas,
y esas son gente de paz.
No tengo hermana que ver
ni privanza que prestar;
de un desengaño del mundo
me consuela un madrigal;
y aun asi tengo enemigos
que me han hecho trasformar
en agresivo lo afable,
lo pichon en gavilan.

MARCIAL. Aunque con don Luis, mi tio,
sustentais enemistad,
yo nunca os ofendí.

QUEVEDO. Cierto.
MARCIAL. Y os quisiera demandar
un favor.
QUEVEDO. Decid cuál es.
MARCIAL. Me convencen por demás
vuestros ejemplos, Quevedo;
pero la fatalidad
hácia esa muger me arrastra,
sin poderlo remediar;
y es...
QUEVEDO. Porque á los hijos de Eva
gustan las hijas de Adan.
MARCIAL. Porque estoy enamorado,
Quevedo, á no poder mas.
Esa muger ó morir...
Conozco mi natural;
soy de fuego.
QUEVEDO. Pues debeis
iros á un puerto de mar.
MARCIAL. Dadme un medio, si algo os mueve
á hacer mi felicidad,
para que pueda el amor
de esa muger conquistar.
QUEVEDO. Dádivas quebrantan peñas,
dice un antiguo refran:
dadla joyas.
MARCIAL. La ofendeis.
QUEVEDO. Dadla doble.
MARCIAL. La injuriais.
QUEVEDO. Libradla de un gran peligro.
MARCIAL. Y ese peligro...
QUEVEDO. Escuchad.
No habeis visto en las comedias
que cuando la dama vá
á paseo, sale un toro,
y tras el toro un galan,
que á fuer de toreador
consigue matrimoniar?
MARCIAL. Sí, luego...
QUEVEDO. Inventado el riesgo
os es fácil lo demas.
La gratitud es la puerta

por donde amor suele entrar.

MARCIAL. Oh! gracias, gracias, Quevedo.

ESCENA II.

QUEVEDO, DON MARCIAL, DON ANDRES.

ANDRES. Don Francisco! (*Entrando.*)

QUEVEDO. Oh! que aquí está
el galan mas atildado
de los galanes. Pasad.

MARCIAL. Con él os dejo. Salud. (*A don Andrés.*)

QUEVEDO. Infeliz! Se casará. (*Ap.*)

ESCENA III.

QUEVEDO, DON ANDRÉS.

ANDRES. Huélgome á solas hallaros,
don Francisco, porque vengo
del grave dolor que tengo
el remedio á consultaros.

QUEVEDO. Qué dolor es?

ANDRES. Honda pena
en el alma.

QUEVEDO. Calma, calma;
no curan males del alma
Hipócrates ni Avicena,
cuanto mas yo.

ANDRES. Vos podeis
alumbrar mi entendimiento,
que se halla en este momento
sin luz.

QUEVEDO. Sí?.. Pues qué teneis?

ANDRES. Don Francisco amigo, oid.
Todos por galan me aclaman,
y por apodo me llaman
el burlador de Madrid.
Pues cuentan que en esta villa
mas mugeres burlé infiel
que el don Juan de fray Gabriel,
el burlador de Sevilla.
Es lo cierto que mi talle,

(Sin alabarme...)

QUEVEDO. Se entiende.

ANDRES. Muchas hermosuras prende
en el paseo y la calle.
Que al mirarme los maridos
con barras su puerta aferran,
y las mugeres no cierran
los ojos ni los oidos.
Pero de cuanto pequé
en el mundo estoy purgado,
porque estoy enamorado,
Quevedo, de buena fé.
Y tan triste y abatido
me encontrais en este punto,
que he de ser presto difunto,
si no soy presto marido.
Alma que á tantas rindió
tiene una muger cautiva,
y es para mí tan esquiva
como esquivo he sido yo.
Dando de piedad ejemplo
la hallé en el templo, ay de mí,
que mi corazon perdí
desde que la ví en el templo.
Seguíla: no reparaba
en mí, y ya cansado en suma,
quise fiar á la pluma
lo que en el alma pasaba.
Gané la dueña, y la dí
un billete asaz discreto,
por lo moral del conceto
y lo breve. Dice así:
«Hijo de amor verdadero,
»señora, santo es mi fin:
»haceros mi esposa quiero,
»que por vos de amores muero
»desde que os ví en San Martin.»

QUEVEDO. Contestó al billete?

ANDRES. Sí.

QUEVEDO. No acepta el bodorrio?

ANDRES. No.
Adivinad...

QUEVEDO. Qué sé yo.
ANDRES. Se trata de vos.
QUEVEDO. De mí?...
Por Cristo, que es singular!
ANDRES. Quevedo, como os lo digo.
QUEVEDO. Si supo que sois mi amigo,
os diria, á no dudar:
Don Francisco es basilisco,
con las hembras descortés
y los ministros arisco:
no he de ser yo de quien es
amigo de don Francisco.
Me equivoco?
ANDRES. Sí, por Dios!
Bien su carta me embaraza;
nos emplaza.
QUEVEDO. A mí me emplaza?
ANDRES. A ella y á nosotros dos.
Hoy mismo en la iglesia ví
á la dueña: hízome seña;
la respuesta que la dueña
me entregó, miradla aquí.
«Tanto amor como me envia (*Leyendo.*)
»estimo en cortesanía,
»aunque pagarle no puedo;
»yo no me caso hasta el dia
»en que se case Quevedo.»
QUEVEDO. Ingeniosa traza urdió
para calabacear,
si no promete casar
hasta que me case yo.
ANDRES. Que se ha vuelto loca infiero,
ó quiere volverme loco.
Si no os casais, yo tampoco.
QUEVEDO. Pues os morireis soltero.
ANDRES. Eso decís!
QUEVEDO. Por Dios santo!
Quereis que otra cosa diga?
mucho la amistad obliga,
don Andrés, pero no tanto.
Bueno es que el amor yo deje
por no sufrir sus afanes,

y que vengan los galanes
á que yo los aconseje.
Yo, que la dulce poesia
solo cultivo con gozo,
y que ya paso de mozo,
y no soy dueña ni tia.

ANDRES. Aun sois jóven.

QUEVEDO. Ojalá;
mas no me convenzo de ello.

ANDRES. Tiñéndoos algo el cabello...

QUEVEDO. Bien sin teñirse se está.
«El viejo que con destreza
»se ilumina, tiñe y pinta,
»echa borrones de tinta
»al papel de su cabeza» (1).
Ir de Caribdis á Scila
es el tal remojo infiero.
»No es buen Jordan el tintero
«al que envejece la pila» (2).

ANDRES. Es que no os mueve el afan...

QUEVEDO. Es que el empeño me arredra.

ANDRES. Teneis corazon de piedra.

QUEVEDO. Y cara de cordoban.
Y en amores, don Andrés,
nunca hiciera una conquista
quien es tan corto de vista,
siendo tan largo de pies.
Devaneos, á fé mia
que tuve mil, se comprende;
pero el amor que se vende,
no es amor, es mercancía.
Al mirarme en el espejo
en tan feo desaliño,
sin amores desde niño
he ido llegando hasta viejo;
con fealdad y poca hacienda
fuera loca presuncion
el buscar un corazon

(1) Quevedo.
(2) Quevedo.

que este corazon comprenda.
Por eso cejé en mi empeño.

ANDRES. Y no amasteis nunca?

QUEVEDO. Sí.
Una vez pienso que ví
un serafin en un sueño.
Mas porque la realidad
no deshiciera el encanto,
ó diese á correr de espanto
al mirar mi fealdad,
esfuerzo, estudio y ausencia,
y guerras y desengaños,
lograron, á fuerza de años,
mitigarme la dolencia.

ANDRES. Pudiéndole contener
no fué grande amor, señor.

QUEVEDO. Es que yo amo al amor,
pero temo á la muger.
Aunque soy de vista corto,
os aseguro, por Cristo,
que tales casos he visto,
que verlos me dejó absorto.
Ví casadas con afan
arriesgar vida y reposo
por un amante giboso,
siendo el marido galan.
Damas de muy noble porte
he visto, ya mas de tres,
prendarse de un ginovés,
pastelero de la córte.
He visto en amargos duelos
á una muger, que gemía
porque no la sacudia
su galan, teniendo celos.
Y he visto (será quizás
que mis ojos no son buenos)
que todas tienen en menos
á aquel que las tiene en mas.
Quién da reglas al amor?
Muchos se hicieron querer
porque se hicieron temer.

ANDRES. Brava idea es el temor.

Si eso mi triunfo asegura,
discurriré... Adios, Quevedo.
Me ha de tener tanto miedo,
que me ha de amar con locura.

QUEVEDO. Un buen medio discurrid...

ANDRES. Muy pronto os vendré á contar,
que no hay quien pueda burlar
al burlador de Madrid.

ESCENA IV.

QUEVEDO.

Si los matrimonios son
para los hombres funestos,
siendo los hombres como estos,
las hembras tienen razon.
En justa compensacion
del malo y del iracundo,
Dios, en su saber profundo,
mandó á esos entes piadoso
hacer papel de gracioso
en la comedia del mundo.
Don Marcial solo ha querido
hacerme su consejero,
pero el otro majadero
pretende hacerme marido,
á mí! que nunca he tenido
duda para un galanteo;
porque siendo cojo y feo,
claro está, que en el asunto
cualquiera muger, al punto,
sabe del pié que cojeo.
El mal es, que por su empeño
de relatarme su historia,
me han traido á la memoria
el serafin de mi sueño.
Ya no puedo estar risueño
por mas que lo quiero estar:
el recuerdo de un pesar
que el corazon supo herir,
tarda en volverse á dormir

si se llega á despertar.
Pensamiento, déjame...
No quieres? Pues en castigo,
á puro tontos me obligo
que el buen humor te daré:
iréme á palacio á pie;
y caminando despacio
ya los habrá en este espacio;
y aunque bastantes no halle,
los que no encuentre en la calle
me sobrarán en palacio.
(*Va á salir y le detiene don Juan Adan de la Parra, embozado.*)

ESCENA V.

QUEVEDO, ADAN.

ADAN. Deteneos.
QUEVEDO. Quién me agarra?
Si será otro don Andrés? (*Ap.*)
ADAN. Soy yo, Quevedo.
QUEVEDO. Si es
don Juan Adan de la Parra!!
Pase el buen inquisidor.
ADAN. Hablad mas bajo, Quevedo.
Me estoy muriendo de miedo.
QUEVEDO. Pues es la muerte peor:
tenedlo por cosa cierta.
Tiempo há no os cuidais de mí.
Qué buen viento os trae aquí?
Decidme.
ADAN. Cerrad la puerta.
QUEVEDO. Asustado estais, por Dios,
y hareis que me ponga sério:
aclarad, pues, el misterio.
Correis algun riesgo?
ADAN. Vos.
QUEVEDO. Que yo corro riesgo?
ADAN. Sí.
QUEVEDO. Es cosa de pleito?
ADAN. No.

QUEVEDO. Quién me lo asegura?
ADAN. Yo.
QUEVEDO. Dónde he de saberlo?
ADAN. Aquí.
Mas cerrad y sed prudente;
que á mí, segun la pavura
que traigo, se me figura
cada losa una serpiente.
QUEVEDO. Pues mal andais si os agarra,
y hace que se dé la mano
con el Adan del manzano
el buen Adan de la Parra.
ADAN. Dejad las burlas y alerta,
que os mira la Inquisicion.
QUEVEDO. Con la Inquisicion chiton.
Vamos á cerrar la puerta. (*Lo hace.*)
Nada con la Inquisicion;
que hasta vos, ved lo que os digo,
que sois mi mejor amigo,
me estais oliendo á toston.
Qué es lo que ocurre?
ADAN. Escuchad,
y apreciad en su valer
el que hoy falte á mi deber
por un deber de amistad.
Cuando sin razon ninguna,
y solo esperando en Dios,
presos nos vimos los dos
por nuestra mala fortuna,
hallándome enfermo y viejo
acorristeis mi miseria,
dando vida á la materia
y al espíritu consejo.
Cuando salir libre os ví,
libertarme prometisteis,
y á poco que vos salisteis
yo tambien libre salí.
Por cuidado tan prolijo,
con gloria decirlo puedo,
os quiero yo... como á un hijo...
Dadme un abrazo, Quevedo!
Que no sabiendo expresar

con palabras mi cariño,
estoy... vamos, como un niño,
reventando por llorar.

QUEVEDO. Buen viejo, razon teneis!
Apretad, por vida mia!
Dios os pagará algun dia
todo el bien que ahora me haceis.

ADAN. Yo... soy... asi...

QUEVEDO. Sin razon
os humillais, y lo siento:
el mas claro entendimiento
no es nada sin corazon.
Serenaos y decid.

ADAN. En grave peligro estais;
tal vez hoy mismo tengais
que fugaros de Madrid.
Cuando en prisiones crueles
nos hallábamos, un dia
me dijisteis, se os habia
confiscado los papeles.
En cierta vez el demonio
tentó vuestra pluma airada
á escribir la malhadada
Sátira del Matrimonio;
y hoy, por haceros perjuicio
alguno que os quiere mal,
ha puesto el original
en poder del Santo Oficio.
Aun la córte se alboroza
con los chistes que vertísteis
en la comedia, que hicísteis
con don Antonio Mendoza,
Quien mas miente medra mas,
que chocó á la córte toda,
por no acabarse con boda
como todas las demas.
Tambien en la Inquisicion
ese manuscrito está,
y hoy á discutirse va
sobre ambos grave cuestion.
Con todos no estais bien quisto:
ved al rey, que asi os conviene...

Aquel que enemigos tiene,
Quevedo, debe andar listo.

QUEVEDO. El rey! Y pensais quizás
que sea leal conmigo?

ADAN. No es vuestro amigo?

QUEVEDO. Mi amigo!
Le divierto, y nada mas.
Como hace octavas, y tales,
que analizadas en suma,
por salir de su *real* pluma
son solo *octavas reales*,
y tiene de poeta el vicio
cuando de rey deja el mando,
me mira de cuando en cuando
asi... como del oficio.

ADAN. Pedidle su proteccion:
mirad que mucho os conviene,
porque tal vez os condene
hoy mismo la Inquisicion.
Yo os avisaré, al salir
de la junta, el resultado:
y si por fin, obligado
os hallaseis á partir,
cuanto tengo, sin dudar...
Adios! De la junta es hora.
Ved al duque... á su señora...

QUEVEDO. Ah! Tú me haces recordar
que ayer con harta intencion
dijo al darme este papel:
«Quevedo, escribid en él
»en verso vuestra opinion.»
(*Leyendo.*) «Si á peligro de muerte se expusiera
»por no casarse al punto,
»entre boda y responsos qué eligiera
»Quevedo, ser marido ó ser difunto?»

ADAN. Malo es que llegue á entender
la duquesa en el negocio.

QUEVEDO. Por entretener el ocio
es capaz de hacerme arder.

ADAN. No andeis reacio, por Dios.
Prometeisme hacerlo?

QUEVEDO. Sí.

ADAN. Ya que no por vos, por mí.
Qué fuera de mí sin vos?
QUEVEDO. Voy á escribir.
ADAN. Oigo ruido. (*Embozándose.*)
Alguien sube la escalera...
Adios, Quevedo... (Ay! Dios quiera
que no me hayan conocido.)

ESCENA VI.

QUEVEDO.

Tendrá razon! Serán tales
los rigores de mi estrella,
que de su olvido cansada
torne á perseguirme adversa!
O será que al pobre Adan
su loca amistad le ciega,
haciéndole ver un monte
lo que es un grano de arena!
Mi *Sátira al Matrimonio*
no creo que nada tenga
que ver con la Inquisicion,
ni Olivares, ni la Reina.
Quien mas miente medra mas.
Con Mendoza esta comedia
escribí: cualquier castigo
no es grande, sufrido á medias.
Ir á la córte, mezclarme
con la turba palaciega,
pedir perdon, sin saber
antes si se me condena,
es mas declararme reo
que proclamar mi inocencia.
Y si la comedia fué
ocasion de la tormenta,
como Mendoza es mi cómplice...
hará jugar su influencia,
y por salvarse á sí mismo
me salvará. Es cosa hecha.
Quieto hasta que Adan me avise,
si acaso el peligro arrecia.

Procuraré escribir coplas
á la Condesa-Duquesa.
Tal vez llamándola hermosa,
(galanteria estupenda)
si algo trama contra mí
ceje en su enojo y me absuelva. (*Váse.*)

ESCENA VII.

DOÑA GAITANA *y* DON MARCIAL.

MARCIAL. Escuche la dueña.
GAITANA. Déjeme.
Mire que soy noble.
MARCIAL. Atienda,
doña Gaitana.
GAITANA. Mi nombre...
MARCIAL. Mil tajos! Pues no se acuerda
la ilustre doña Gaitana
del herido de la venta?
GAITANA. Vos en Madrid!
MARCIAL. A caballo
me puse, no mas las vendas
desfajé de aquella herida,
porque otra mayor, mas fiera,
vuestra dueña hizo en el alma
del alma haciéndose dueña.
Se halla bien en Madrid?
GAITANA. Sí.
Yo soy la que no estoy buena
aqui.
MARCIAL Qué hermosa estará!
GAITANA. Me ha entrado una tos tan seca.
MARCIAL. Hareis que la vea?
GAITANA. Y luego
una hinchazon en las piernas...
MARCIAL. Hareis que la vea?
GAITANA. Item.
En la paletilla izquierda...
MARCIAL. Hareis que la vea?
GAITANA. Ayer
le prometí unas candelas

al Santo Cristo de Rivas.
Pero...

MARCIAL. Hareis que la vea?

GAITANA. No lo he podido cumplir...
La soldada es tan pequeña...

MARCIAL. Oh! tomad.

GAITANA. Bien se os conoce
que sois hidalgo en la muestra.

MARCIAL. Dónde vivís?

GAITANA. Nos mudamos
hoy mismo.

MARCIAL. Dónde?

GAITANA. Muy cerca
de aqui. A la calle del Niño,
número cuatro.

MARCIAL. Certeza
tienes de no ir á otra casa?

GAITANA. Sí, porque don Luis la Cerda,
duque de Medinaceli,
de quien mi señora es deuda
á lo lejos, se ha empeñado
en que tiene que ser esa
nuestra morada.

MARCIAL. Y por qué?

GAITANA. Como es ya viejo, chochea.

MARCIAL. El propietario es mi amigo.

GAITANA. Para hablarle en la meseta
está esperando mi ama.

MARCIAL. Aunque no la hable, he de verla. (*Váse.*)

GAITANA. Buena es la bolsa: el hidalgo
es hombre de buenas prendas.
Si logro juntar un dote,
con las tocas no me entierran.

ESCENA VIII.

DOÑA GAITANA *y* QUEVEDO, *rasgando un papel.*

QUEVEDO. Está visto, estoy sin musa;
no puedo hacer una décima.
Ese imbécil don Andrés
con traerme esas ideas

de mi sueño, me ha llenado
el corazon de tristeza.
Qué loco soy! Yo, filósofo
casi escéptico, poeta,
triste estar, como un alferez
cuando no vé una mozuela.
No, yo quiero estar alegre,
si á todo el infierno pesa.

GAITANA. Jesus!

QUEVEDO. María y José.

GAITANA. *Pater noster.*

QUEVEDO. *Gratia plena.*

GAITANA. Mucho reniega el hidalgo.

QUEVEDO. Mucho se espanta la dueña.

GAITANA. Soy cristiana vieja.

QUEVEDO. Y tanto,
que no negàrais lo vieja,
aunque por bula del Papa
os confirmase la iglesia.

GAITANA. No crea que son los años
los que de aquesta manera
me han puesto, sino el ayuno,
el cilicio, la leyenda...

QUEVEDO. El ayuno, sobre todo,
os puso como la cera.

GAITANA. Dejad las burlas. Sois el
dueño de una casa nueva,
calle del Niño... que allí,
no el nombre y sí la vivienda
supimos del propietario.

QUEVEDO. Yo soy.

GAITANA. Hablaros desea
la señora de Cetina,
doña Esperanza, mi dueña.
Licencia de veros pide.

QUEVEDO. Llevadla, pues, la licencia.

GAITANA. Qué antojos. (*Fisgándole los anteojos.*)

QUEVEDO. Como los vuestros
se me antojaron, morena.

GAITANA. Gran Dios qué pié! Quién os calza?
(*Viéndole el pié.*)

QUEVEDO. El barbero que os afeita.

GAITANA. No me injurie, que soy noble.
QUEVEDO. Bienes raices dan nobleza,
y bueno es que tenga barbas
noble que no tiene muelas.
GAITANA. Y él qué sabe?
QUEVEDO. Lo supongo
sin entrar en la caverna.
GAITANA. Pues al adonis, jurara,
que no ha encontrado en la tierra
una muger que prendar
teniendo tan buenas prendas.
QUEVEDO. Es verdad; hasta las mómias
en decírmelo se empeñan...
Peores que las mugeres
son todavia las viejas.

ESCENA IX.

DOÑA ESPERANZA, DOÑA GAITANA, QUEVEDO.

ESPER. Es aquel?
GAITANA. Sí, alli está
aguardándoos: mas os fio
que muy caro os pedirá,
pues tiene mas de judío
que no de casero. (*Váse.*)

ESCENA X.

DOÑA ESPERANZA, QUEVEDO.

QUEVEDO. (*Conteniendo un grito al verla.*) Ah!
Es que la finge mi estrella! (*Ap.*)
ESPER. La casa número cuatro,
calle del Niño...
QUEVEDO. Qué bella. (*Ap.*)
ESPER. Es vuestra...
QUEVEDO. Dios mio! Es ella! (*Ap.*)
Es ella, la que idolatro!
ESPER. Vivo en casa de posada,
la primera que encontré
á Madrid recien llegada:

me disgusta: aposentada
en la vuestra quedaré,
si el precio...

QUEVEDO. Haced mas aprecio
de mí, y calculad, por Dios,
que fuera al fijarle necio;
pagáisla á muy alto precio
con solo habitarla vos.
Siempre hallareis, noche y dia,
casa y dueño á vuestros pies.

ESPER. Estremada cortesía!

QUEVEDO. No quita, señora mia,
lo casero á lo cortés.
Aunque vocinglera fama
me señala con el dedo
y por descortés me aclama,
siempre honrar supo á una dama
don Francisco de Quevedo.

ESPER. Vos Quevedo!

QUEVEDO. Qué os estraña,
señora mia?

ESPER. Me daña
despues de haberos hablado,
el no haber adivinado
á la lumbrera de España.

QUEVEDO. Amabilidad...

ESPER. Justicia.

QUEVEDO. Pues no dice eso la gente:
la malicia me desquicia.

ESPER. Y quién cree á la malicia,
si todos saben que miente?
Vuestras poesías, llenas
de filosofía y galas,
dan al que censura penas;
y aunque diga que son malas,
harto siente que son buenas.
A ese enjambre, que se aleja
si á luchar se le provoca,
compadecerle vos toca.

QUEVEDO. Qué bueno es Dios, que oir me deja (*Ap.*)
las palabras de su boca!

ESPER. Niña á la córte llegué

y al pueblo donde nací
adolescente torné;
por lo que de vos leí
adivinaros pensé.
Vuestras obras celebradas
á mi retiro llegaron,
deleitando mis veladas;
á las vuestras apegadas
mis ideas se quedaron.
Pienso lo que vos pensais,
quiero lo que vos quereis,
odio lo que vos odiais,
y casi orgullo me dais
por lo mucho que valeis.
Y hoy que conozco al poeta
que alcanza gloriosa fama,
alcanzo dicha completa.

QUEVEDO. Yo mas, mirando una dama
tan hermosa y tan discreta.

ESPER. Quevedo, por compasion,
aunque por galan convenio
me concedais discrecion,
qué fuera, junto al ingenio
de tan preclaro varon?
Feliz tan solo seria
quien vuestro saber tuviera.

QUEVEDO. Ojalá, señora mia,
trocar mi saber pudiera
por ser feliz solo un dia.

ESPER. Jamás lo fuisteis?

QUEVEDO. Jamás!
La dicha de los demas
viendo, sin dicha he vivido,
ó mi mayor dicha ha sido
la indiferencia quizás.
En la soledad nutrí
el corazon...

ESPER. Oh! me espanto!
Y no habeis llorado?..

QUEVEDO. Sí;
pero aunque he llorado tanto,
quién ha de ver llanto en mí?

Lágrimas de eterno duelo,
que vierte el alma sin calma
en su amargo desconsuelo;
como son hijas del alma,
solo las comprende el cielo.
Y encontrándome enojoso
con mi eterno heraclitismo,
para mi propio reposo
me propuse ser chistoso
y divertirme á mí mismo.
Con mi humor siempre chancero,
engaño mi mal vivir:
que si pienso un dia entero
en mis tristezas, me muero,
y no me quiero morir.
Mas recurso no me queda
que embriagarme en mi alegría,
y hasta que me llegue el dia
pensar lo que menos pueda.
Esta es mi filosofía.

ESPER. Nunca de ella os sacarán,
y de las dichas en pos
mitigareis ese afan.
Tuvisteis amigos?

QUEVEDO. Dos.
Miguel Cervantes y Adan.
De entrambos he sido hermano;
del uno no hay mauseolo
do lleve una flor mi mano:
el otro es ya muy anciano:
pronto me quedaré solo.

ESPER. Teneis fama...

QUEVEDO. No me esponja.

ESPER. Y valor...

QUEVEDO. No es prenda rara.

ESPER. Y admiraciones...

QUEVEDO. Lisonja.

ESPER. Teneis una hermana...

QUEVEDO. Es monja.

ESPER. Y tal vez...

QUEVEDO. Vedme la cara. (*Pausa.*)
Callais?.. Mejor es callar!

ESPER. Ofendíle sin querer... (*Ap.*)
Mi yerro sabré enmendar.

QUEVEDO. Aunque no me pueda amar, (*Ap.*)
yo al menos la podré ver.

ESPER. Huérfana y mayor de edad,
dueña de mi casa soy:
si algo vale mi amistad,
os la ofrezco desde hoy.

QUEVEDO. Oh! cuánta felicidad! (*Ap.*)
Siempre en mí la de Cetina (*Alto.*)
verá un amigo sincero.

ESPER. Sois quien sois, y se adivina. (*Saludando.*)
Extremado es el casero. (*Ap.*)

QUEVEDO. Me enloquece la inquilina. (*Ap.*)

ESCENA XI.

QUEVEDO.

Vamos á cuentas, Quevedo,
ahora que te encuentras solo:
es que el cielo te sonrie,
ó que tienta el demonio?
La he visto! He sido feliz
mirando su bello rostro!
Pero enseñándola el mio
habréla causado enojos...
Es un ángel... mas el ángel
no pudiera como otros
en el arenal del mundo
manchar las alas de polvo?...
No me han de dar todos celos,
siendo mas galanes todos?
Dejar de verla, imposible...
Verla mucho, peligroso...
Qué hacer!... Qué hacer? No pensar,
que voy á volverme loco.

ESCENA XII.

QUEVEDO, GINES *con una carta.*

QUEVEDO. Qué ocurre, Ginés?
GINES. Señor,
un hombre con el embozo
recatando el rostro, dióme
esto para vos, y próximo
á la esquina, dió á correr. (*Váse.*)

ESCENA XIII.

QUEVEDO.

Es de Adan... El lema rompo.
«Estais perdido, Quevedo. (*Leyendo.*)
»Por pluralidad de votos
»se opina que es contra el dogma
»la Sátira al Matrimonio;
»de la comedia se dice
»que es herética en el fondo,
»y á vos os echan la culpa,
»pues dicen que don Antonio
»Mendoza, como es casado,
»no escribiera de ese modo.
»Él por marido se libra:
»haced, Quevedo, lo propio;
»huiros será imposible,
»porque os vigilan cien ojos.
»Casaos, que no hay mas medio
»de librar que el que os propongo.
»Me he encargado de prenderos;
»con mi persona respondo
»de la vuestra; iré á las tres:
»ó sed marido, ó sed prófugo.»
Será esto providencial? (*Declamando.*)
Cuando me creia solo,
se aparece en mi camino...
Un grave peligro corro,

segun Adan... Oh! si ella...
Deliro!

ESCENA XIV.

QUEVEDO, DON ANDRES.

ANDRES. Soy venturoso!
Va á vivir á vuestra casa
la muger á quien adoro...
segun me ha dicho la dueña
en esta calle hace poco.
De la habitacion estaba
dándole señas á un mozo.
Porque me quiera, á su ama
esta noche un susto gordo
la he de dar. Gracias, Quevedo. (*Váse.*)

QUEVEDO. Está visto, soy un topo!
Pero ella, cómo es posible
que se enamore de un tonto?

ESCENA XV.

QUEVEDO, DON MARCIAL.

MARCIAL. Don Francisco, soy feliz;
soy muy feliz...

QUEVEDO. Este es otro. (*Ap.*)

MARCIAL. La que amo es vuestra inquilina...
Ya vereis cómo me porto!
Ya tengo inventado el riesgo,
y la salvacion, y todo...
Si no me quiere esta noche,
por la mañana me ahorco. (*Váse.*)

ESCENA XVI.

QUEVEDO.

Y qué haces tú aqui, Quevedo?
Cobra tus brios de mozo,
pues lo pide el Santo Oficio,

y Adan de la Parra, y todos...
y tu corazon tambien,
que la adora, pobre loco!
Oh! si mi ingenio pudiera
hacer olvidar mi rostro...
No se atreven esos necios?
Por qué yo he de ser tan corto?
Sí! lucharé, lucharé.
Los tontos no son mis prójimos.
Ellos son hombres al agua;
pero yo soy hombre al horno,
si antes de las tres no cierro
con el santo matrimonio.
Maridos! con mi atricion
todas mis letrillas borro...
«*Muchachas, todo me caso.*
»*Niñas, todo me desposo*» (1).

(1) Quevedo.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La calle del Niño: á la izquierda, en primer término, la casa de Quevedo, marcada con el número cuatro: puerta y balcon practicables. En segundo término, al mismo lado, un arca de agua, tras de la que se pueda ocultar un hombre. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DON ANDRES, DOÑA GAITANA.

ANDRES. Esto ha de ser, ya lo dije.
GAITANA. Pero, señor, por los ángeles!
Mirad que el medio es atroz...
ANDRES. Pero al fin es santo.
GAITANA. Pase.
A no ser por eso, nunca
os ayudára en el lance.
Soy noble; por línea recta
desciendo del rey don Jaime,
y harto me apesara el ánima
que el Papa le excomulgase;
y como vos tambien sois

noble, no puede dudarse
me interesais; ya se vé,
la sangre, señor, la sangre...
A no tener vos, como otros
que abundan por esas calles,
otra ejecutoria que
sus escudos miserables,
nunca hubierais conseguido
ponerme de vuestra parte;
pero como que sois noble...
la sangre, señor, la sangre.

ANDRES. Sé lo que arriesgo en el juego;
mas no tengo de arredrarme:
no ha de decirse, por Cristo,
que se logró burlar nadie
del burlador de Madrid,
don Andrés de Barrizales.
Dónde fué doña Esperanza?

GAITANA. Salió, caida la tarde,
á visitar á la viuda
de no sé qué personaje,
que con el difunto rey
tenia privanza grande;
pero como al actual
le domina el de Olivares,
no tiene presente el hijo
los servidores del padre;
y como mi ama es tan buena,
que todos sus capitales
en obras de caridad
juiciosamente reparte
á los pobres...

ANDRES. Oh! nobleza!

GAITANA. La sangre, señor, la sangre...
Aquel que afrenta su escudo,
bien merece que le empalen.
Prendóse un saludador
en Cetina, de mi talle:
era bizarro; mas yo,
mirando por mi linage,
estuve tiesa que tiesa,
y persistí en no casarme.

Que á pesar de aquel principio,
crescite et multiplicamini,
talis pater talis filius,
talis filius talis pater.

ANDRES. Tambien latin?

GAITANA. Eduquéme
en un convento del Cármen,
y sabia mas latin
que el rector: ojalá que antes
de haberme tornado al siglo
á la gloria me tornase.
Cada paso es un tropiezo...
La juventud es tan frágil...
No hay chispa de devocion...
Ninguno piensa en salvarse,
menos yo, que prometí
seis candelas á una imágen...

ANDRES. De mi cuenta corren.

GAITANA. Gracias.
La sangre, señor, la sangre.

ANDRES. No me has dicho que esta casa
tiene una puerta de escape
que dá á la calle de Francos?

ESCENA II.

DON ANDRES, DOÑA GAITANA *y* DON MARCIAL, *que queda escondido tras del arca de agua.*

GAITANA. Asi es la verdad.

ANDRES. La llave?...

GAITANA. Aqui la teneis. Y siempre (*Dándosela.*)
que quisiéredes llamarme,
dareis tres palmadas.

MARCIAL. Hola!
Con que he llegado yo tarde!
Con que es mi competidor
don Andrés de Barrizales!
Ruegue á Dios que no me enoje,
le rete, en *guardia* me plante,
le reciba con la punta
y hasta el *recazo* le ensarte.

GAITANA. Mi señora. Retiraos.
no me encuentre con vos. *Vale.*
ANDRES. Muy bueno será el latin,
pero prefiero el romance.

ESCENA III.

DICHOS, DOÑA ESPERANZA *y un* ESCUDERO.

ESPER. Llamad.
ESCUD. Señora, está abierto.
(*Entra en la casa.*)
ESPER. Qué haceis, Gaitana, en la calle?
GAITANA. Rezaba mis oraciones.
ESPER. No son las piedras imágenes.
GAITANA. En cualquier lugar, señora,
siendo la devocion grande,
el que es fiel se forja un templo.
A mas hice un voto...
ESPER. Calle!
GAITANA. De rezar en lugar frio.
MARCIAL. (Ah! pergamino ambulante!
Cien años de purgatorio
no han de bastar á purgarte
de hacer á los santos cómplices
en tercerías de lances.)
GAITANA. A mas, señora, este pliego
le trajo del duque un paje
para vos. Yo salí á abrir...
ESPER. (De Medinaceli.) Dadme.
(*Tomando el pliego.*)
Andad delante.
GAITANA. (Qué imperio!
Ya me lo dirás mas tarde.)

ESCENA IV.

DICHOS, *menos* DOÑA GAITANA.

MARCIAL. (Estoy por salir y hablarla.)
ADDRES. (Me decido.)
MARCIAL. (Voto á sanes!)

(Deteniéndose al ver que D. Andrés avanza.

ANDRES. (Con escucharme benigna
se puede ahorrar un percance.)

ESPER. (Tendré que mandar la dueña
á pervertirse á otra parte.)
(Vá á entrar en la casa.)

ANDRES. Detente, hermosa tirana,
que en mi dolor te complaces.
No mis amantes finezas
con fieros despegos pagues.

ESPER. Me detengo.

ANDRES. Oye los ruegos
de un triste, que por amarte...

ESPER. Hablad.

ANDRES. (Me escucha, oh ventura!)

ESPER. Hablad.

MARCIAL. (Le escucha!... Bergante!)

ANDRES. Desde que os hallé en el templo
hermosa como los ángeles...

ESPER. Seguid.

ANDRES. Os entregué el alma.

ESPER. Seguid, seguid.

MARCIAL. (Voto al draque!
Ella le anima!)

ANDRES. (Me anima,
No he menester los truhanes.)

MARCIAL. (Sin saber dar un revés.)

ESPER. Seguid.

ANDRES. (Lo que puede el talle!)
En vano cien hermosuras,
rondadas por cien galanes,
por este amor que os consagro
suspiran noches y tardes.

MARCIAL. (Pues tienen gusto!)

ANDRES. Por vos
sacrifico esas beldades;
que no pueden darme ellas
el bien que vos podeis darme.
Vos me perseguís en sueños,
yo vos persigo en la calle,
y este amor que por vos siento,
esta inquietud incesante...

ESPER. Seguid.
ANDRES. Inútil será
que encarecérosla trate,
pues bien la habeis comprendido.
La libertad dispensadme,
pero decidme «seguid»
es como decir «amadme.»
MARCIAL. (No tiene vuelta de hoja.
No hay... *parada.*)
ESPER. Pues la errasteis.
ANDRES. Cómo es eso?...
MARCIAL. (Cómo es eso?)
ANDRES. No me habeis dicho que os hable?
ESPER. Porque cuanto antes me hableis,
antes dejareis de hablarme.
MARCIAL. (Bendita boca! Buen tajo!)
ANDRES. (Fiero golpe!)
MARCIAL. (Que le pare!)
ESPER. Seguid, seguid.
ANDRES. Yo... si... como...
ESPER. Si no hablais mas, Dios os guarde.
ANDRES. Sin contestarme os marchais?
ESPER. No me lo exijais... dejadme.
ANDRES. Hablad; que aunque las palabras
el corazon me maltraten,
mientras os vean mis ojos
será mi mal menos grande.
Tanto os amo...
ESPER. Os engañais.
ANDRES. Que me engaño...
ESPER. Si me amaseis,
no quisierais de peligros
y de enemigos cercarme;
pues si esas cien hermosuras,
rondadas por cien galanes,
que por vuestro amor estan
llorando noches y tardes,
llegan á cobrarme envidia,
que me cobren odio es fácil.
Si me llamais en la iglesia
la atencion con ademanes,
sobre vos perder el alma

haceis que yo no la salve.
Y si vais siendo mi sombra
en el paseo y la calle,
tendrá que hablar la malicia,
y la malicia es infame.
No pretendais disculparos
con que es vuestro amor tan grande,
que si os faltan mis luceros
hace que la vida os falte.
Que el que amando, como vos,
no sabe sacrificarse
dando á su dama la dicha,
aunque su desdicha labre,
mas que de la que enamora
es de sí mismo el amante.

MARCIAL. (Le ha cojido la *flaqueza*,
y le ha tirado el *desarme*.)

ANDRES. He de seguiros.

ESPER. Tened:
no deis un paso adelante:
no añadais lo descortés
á lo presumido.

MARCIAL. (Zape!)

ANDRES. Estais sola...

ESPER. Con mi honra.

MARCIAL. ¡No está sola, y voto al draque, (*Saliendo.*)
que si dais un paso mas,
os tire la *irremediable*.

ANDRES. Y quien así la defiende,
es su marido ó su padre?

ESPER. Es un hidalgo que intenta
poner coto á los desmanes,
con que se ofende á una dama
en la mitad de la calle.

MARCIAL. Un hidalgo, y que la adora,
antes que vos, mucho antes.

ESPER. Fatalidad! Yo os estaba
agradecida á la parte,
que por esforzado y noble
os tomabais en el lance,
sin presumir que á esa accion
el interés os guiase;

pero, pues vos no quereis
que os lo agradezca... adelante.

MARCIAL. Señora... yo...

ESPER. Guardeos Dios.

ANDRES. Yo... señora.

ESPER. Dios os guarde.

ESCENA V.

DON ANDRES, DON MARCIAL.

MARCIAL. Lucido estais, don Andrés.

ANDRES. Igual que vos, don Marcial.

MARCIAL. Y vos persistís?...

ANDRES. Sí tal.
Y vos no desistís?

MARCIAL. Pues.
Allí estaba...

ANDRES. Ya!

MARCIAL. Y por Dios,
que mis oidos no son buenos,
ó no os ama.

ANDRES. Por lo menos
me ama tanto como á vos.

MARCIAL. Triste es que seamos rivales.

ANDRES. Ciertamente.

MARCIAL. Un paso atrás
no dió un Pacheco jamás.

ANDRES. Ni jamás un Barrizales.

MARCIAL. Soy algo galan...

ANDRES. Yo un poco.

MARCIAL. Diestro en armas...

ANDRES. Yo en amores.

MARCIAL. Tiro tajos.

ANDRES. Digo flores.

MARCIAL. No cedo.

ANDRES. Pues yo tampoco.

MARCIAL. En vos es mala intencion,
que os da cien damas fortuna;
y ambicionar ciento y una
es demasiada ambicion.

ANDRES. En vos, que teneis aquí

donde escoger un millar,
y no me quereis dejar
ciento y una para mí.

MARCIAL. Hable el acero en tal trance.
(*Desenvainando.*)
Mire que *paro al violento.*

ANDRES. Norabuena. Pasos siento:
habrá quien estorbe el lance.

MARCIAL. En guardia! Tocado está
en mitad del corazon.
El medio de proporcion
Le he cojido.

ESCENA VI.

DON MARCIAL, DON ANDRES, QUEVEDO.

QUEVEDO. Já, já, já!

MARCIAL. Quevedo!

ANDRES. Os reis?

QUEVEDO. Me rio.

MARCIAL. De vernos riñendo?

QUEVEDO. Justo.

ANDRES. Pues es un gusto...

MARCIAL. Es un gusto...

QUEVEDO. Es un gusto como mio.

MARCIAL. Sabeis?..

QUEVEDO. Presumo que al fin
se hallaron en la jornada
el galan de la posada
y el galan de San Martin.
Que ambos de Esperanza en pos,
cada uno á Esperanza avanza,
é iguales dejó Esperanza
sin esperanza á los dos.
Era esa la causa?

MARCIAL. Pues.
Y qué medio, vive Dios,
siendo los amantes dos?...

QUEVEDO. No sabeis sumar: son tres.

MARCIAL. Qué estais diciendo?

ANDRES. Qué escucho!

QUEVEDO. Que en esta amante batalla
hay un tercero que calla;
pero que la quiere mucho.
MARCIAL. Es... duro?
QUEVEDO. Como un broquel.
MARCIAL. *Es diestro*?
QUEVEDO. Asi, asi.
ANDRES. Gasta buena prosa?
QUEVEDO. Sí!
Despues de Cervantes... él.
MARCIAL. Noble?
QUEVEDO. Si no nunca osara
amarla mas que en proyecto.
MARCIAL. No tiene ningun defecto?
QUEVEDO. Tiene varios... en la cara.
Como busto no es gran cosa,
y lo sufre sin disgusto,
que aunque tiene feo el busto,
tiene el alma muy hermosa.
Y aunque el alma oculta está
del cielo en lo mas profundo,
y nunca se asoma al mundo
de vergüenza que la da,
el alma existe, y se siente
cuando es grande y cuando es bella,
en lo que surge por ella
del corazon y la mente.
Volviendo al tercero; es tal,
que desde su edad mas verde
nunca gana, y siempre pierde,
porque siempre fué leal.
Jamás tocó un mal registro,
y, ved si será manía,
pudo ser ministro un dia,
y no quiso ser ministro.
MARCIAL. Por qué no quiso el poder?
QUEVEDO. Porque le habia de hurtar
la noche para estudiar
y el dia para querer.
MARCIAL. Pues su destino es terrible.
QUEVEDO. Decidme por qué.
MARCIAL. Porque

no entrará aqui con buen pié.

QUEVEDO. Eso le fuera imposible.

ANDRES. Dios le valga! Cojo es?

QUEVEDO. Si no lo habeis por enojo,
es un cojo que no es cojo,
sino entre cojo y cortés.

MARCIAL. En fin, pues no tuvo miedo...

QUEVEDO. Nunca dijo tal su fama.

ANDRES. Nos direis como se llama?

QUEVEDO. Don Francisco de Quevedo.

ANDRES. Vos, don Francisco! Estais loco?

MARCIAL. Vos, Quevedo!

QUEVEDO. Yo, Villegas.

ANDRES. Ay, amor, á cuántos ciegas!

QUEVEDO. A mí me faltaba poco.

MARCIAL. Sabeis su valor, señor?

QUEVEDO. Pues por eso la he escogido:
quien me acete por marido
há menester gran valor.

ANDRES. Meditásteis bien el paso?

QUEVEDO. Tengo mis razones.

ANDRES. Luego...
vuestra sátira...

QUEVEDO. Reniego
de la sátira, y me caso.
Con que el pelo algo me tiña,
aun no soy octogenario...

ANDRES. *Cabello que dió en canario*
mal para cuervo se aliña (1).

MARCIAL. Y si sois...

QUEVEDO. No asi chancero
ajeis, don Marcial, su fama.
Doña Esperanza es muy dama,
y yo soy muy caballero.

ANDRES. Que á esa belleza altanera
pretendais, es devaneo:
poned en otra el deseo,
y encontrareis quien os quiera.

QUEVEDO. Sí?

---

(1) Quevedo.

ANDRES. Vaya!
MARCIAL. Muchas y bellas.
QUEVEDO. No lo dudo; pero, amigo,
las que se atreven conmigo,
no me atrevo yo con ellas.
En fin, veis que con lealtad
me he presentado, y sin dolo:
vosotros aqui tan solo
arriesgais la vanidad.
Y yo, si llego á perder,
de mala manera muero;
porque la quiero, la quiero
mas que se puede querer.
Un grave peligro arrostro.
Considerad mis afanes,
si lucho con dos galanes
sobre luchar con mi rostro.
Y ved que en esta ocasion
jugamos —lo dicho, dicho—
vosotros solo un capricho,
y yo todo el corazon.
Ceded; duro caso es,
pero un amigo leal...
ANDRES. Que ceda antes don Marcial.
MARCIAL. Que ceda antes don Andrés.
QUEVEDO. Veo que el ruego es importuno
é inútiles las razones,
pues que con tantas cesiones
no quiere ceder ninguno.
Del enemigo el consejo
tomad: conspirad los dos
contra mí, pues vive Dios,
que pobre, miope y viejo,
en lucha con los dos, puedo
con los dos; seguro estoy:
porque tengo... porque soy
don Francisco de Quevedo. (*Váse.*)

ESCENA VII.

DON ANDRES, DON MARCIAL.

ANDRES. (Me da que pensar el viejo;
pero es tan bueno mi plan...)
MARCIAL. (El dijo con el refran,
del enemigo el consejo.)
ANDRES. (Si este mis intentos sabe,
pudiera entrar tras de mí.)
MARCIAL. (Si no me muevo de aquí,
no hará uso de la llave.)
Y qué decis, don Andrés? (*Alto.*)
ANDRES. Digo lo mismo que vos.
MARCIAL. Con que ya no somos dos.
ANDRES. No, porque ya somos tres.
MARCIAL. Mas, Quevedo...
ANDRES. Desde luego
es de locura su arrojo.
MARCIAL. Pretende correr, y es cojo!
ANDRES. Pretende mirar, y es ciego!
MARCIAL. A escoger entre los dos,
A vos os cediera el paso.
ANDRES. Don Marcial, en igual caso
lo mismo hiciera con vos.
MARCIAL. Mas para alianza...
ANDRES. Es tarde.
Fiémoslo del destino.
Cada cual por su camino.
MARCIAL. Guárdeos Dios.
ANDRES. Que Dios os guarde. (*Vánse.*)

ESCENA VIII.

QUEVEDO.

No tardarán en volver
ambos á juntarse aqui,
mas pasarán sobre mí
si han de llegarla á ofender.
Yo mismo... fatalidad!

contra ella les dí un enredo...
En fin, veamos si puedo
enmendar mi necedad.
No hay que perder la ocasion:
desde ese balcon oir
puedo, y acaso acudir.
Empiece, pues, mi ascension.
Nadie me ve, y tengo empacho.
A pesar de mi gracejo,
me sientan mal, siendo viejo,
bizarrías de un muchacho.
Penoso es el ejercicio
de galan: si pierdo un pié
y me descrismo, ahorraré
un quehacer al Santo Oficio.

ESCENA IX.

QUEVEDO *en el balcon,* DON MARCIAL.

MARCIAL. Silencio y oscuridad.
Se marchó como pensaba.
Volverá; mas antes yo
he de saber cuanto pasa.
Oh! bien hayas, arca amiga,
de tantos secretos arca.
Pobre don Andrés! No sabes
la defensa en la batalla:
no has conocido que yo
soy tirador de ventaja,
que aunque pongo *el descubierto*
nunca abandono *la guardia*,
y una estocada de noche
te he de dar, y no la paras.
Me cercioraré primero
por si escondido se halla.
Nadie!

QUEVEDO. Larga es la tizona;
Pero á la reja no alcanza.

MARCIAL. Darle una llave la dueña
despues que yo la pagaba,

No hay duda; esa llave es
el principio de una trama.

ESCENA X.

DICHOS, DON ANDRES. (*Dirígese al arca.*)

ANDRES. (Hola, hola, don Marcial!
Pronto las revueltas ganas!
Me enseñaste el escondite;
te lo agradezco en el alma.
Si te venzo, no te quejes,
que tú me diste las armas.)
MARCIAL. Cuando quisiereis llamarme,
dijo el mochuelo con faldas,
dareis tres palmadas; bueno.
Llego y doy las tres palmadas. (*Lo hace.*)

ESCENA XI.

DICHOS *y* DOÑA GAITANA.

GAITANA. Sois vos?
MARCIAL. Yo soy. (Y no miento.)
ANDRES. Ah! pobreta! que te clavas!
GAITANA. Don Andrés.
MARCIAL. (*Echándola mano.*) No es don Andrés.
GAITANA. *Sanctus Petrus, Sanctus...*
MARCIAL. Calla!
Como des un solo grito,
te hago una *entrada de daga*,
que lleve adelante el hueso,
ya que la carne te falta.
Tú eres una sierpe!
GAITANA. Cómo...
MARCIAL. Naciendo una sierpe, y basta.
GAITANA. Soltadme: ved que soy noble;
desciendo de doña Urraca.
MARCIAL. Lo creo, porque del pájaro
te se han pegado las mañas,
y son tus dedos ganzúas
para las bolsas, Gaitana.

Mas corre el tiempo que vuela;
ahorrémonos de palabras:
tú me has vendido...

GAITANA. Señor...

MARCIAL. Con Barrizales. (Cachaza.)
Si él te ha pagado á mas precio
de lo que yo te pagaba,
con doblarte yo la suma
la cuestion está acabada.

GAITANA. La cuestion...

MARCIAL. Es de metales.
Mírala bien, que no marra.
Entre acero y oro elige
el que mas cuenta te traiga.
Qué plan tiene don Andrés?

GAITANA. Vendrá por la puerta falsa
á las doce: unos truhanes,
gente de muy mala cara,
que vendrán con él,
se darán de cuchilladas.
Si entonces, como es posible,
mi señora se desmaya,
cuando acudan los vecinos
y la ronda á la jarana,
ven á don Andrés de noche
en sus brazos y en su casa.

MARCIAL. Si de don Andrés la libro,
escuso lo que pensaba.

GAITANA. Qué pensabais?

MARCIAL. Incendiar
la habitacion...

GAITANA. Santa Bárbara!

MARCIAL. Librarla á ella del incendio,
y llevarla á mi posada.

QUEVEDO. (Y á mí al hospital, verdugo.)

ANDRES. (Este hombre amando... achicharra!)

MARCIAL. Cuando venga don Andrés
y arme pendencia, á tu ama
dices, que á la puerta estoy,
siempre dispuesto á librarla.
Ya tengo cerca de aquí
una silla preparada;

me acompañará tan solo
un hombre de confianza.
Las doce estan al caer...

GAITANA. Pues yo voy...

MARCIAL. Adios, Gaitana.
Vuelvo con la silla, y cuenta
con olvidar mis palabras.
Entre acero y oro, elige
lo que mas cuenta te traiga. (*Vánse.*)

ESCENA XII.

DON ANDRES, QUEVEDO *en el balcon.*

ANDRES. El que escucha su mal oye,
dice un refran, y se engaña.
Tú, que la red me has tendido,
te enredarás en las mallas.
(*Se oye un reló lejano.*)
Una... dos... tres... cuatro... cinco...
seis... siete... Si me harán falta?

ESCENA XIII.

DICHOS, MATEO *y dos embozados.*

MATEO. Hidalgo...

ANDRES. Puntual has sido.

MATEO. Nunca falto á mis palabras.
Vamos.

ANDRES. Yo me quedo.

QUEVEDO. (Son
tres no mas... y tengo espada.)

MATEO. Os quedais?

ANDRES. Sí: yo me entiendo.
En cuanto que armeis la zambra,
os vais; y en el Prado, solo,
á que yo te busque aguardas.

MATEO. La llave...

ANDRES. A tí te la fio;
pero...

MATEO. Por Santa Lugarda,

ninguno de mis muchachos
se pringará en una hilacha:
que asustar es de valientes;
pero hurtar es de canallas.
Guárdele Dios al hidalgo. (*Vánse.*)

ANDRES. Y á vosotros. Vuelvo al arca.

ESCENA XIV.

DON ANDRES, *tras el arca.* QUEVEDO, *en el balcon.* DON MARCIAL *y* LEONARDO, *conduciendo una silla de manos, por la derecha.*

MARCIAL. Pisa quedo y con cachaza.
Yo me acercaré á la puerta,
que debe de estar abierta.
(*Mientras llega, don Andrés se acerca al criado, y le tapa la boca con un bolsillo: Quevedo desaparece del balcon.*)

LEONAR. Ay!

ANDRES. Vete.

LEONAR. Buena mordaza! (*Váse.*)

ESCENA XV.

DON MARCIAL, DON ANDRES.

MARCIAL. Mañana reirme puedo
de mis ilustres rivales,
don Andrés de Barrizales
y don Francisco Quevedo.
Oigo rumor... voces... sí!
Esa es la dueña, que chilla.
Pronto, Leonardo, la silla
aproximemos aquí.
Asi entrará sin recelo.
(*Abren la portezuela y acercan la silla á la puerta de la casa.*)
Séame la suerte amiga.

ESCENA XVI.

Una persona rebozada con un manto entra apresuradamente en la silla: Don Andres *y* Don Marcial *la conducen.*

Andres. Cayó el pájaro en la liga.
Marcial. Tragóse el pez el anzuelo.
Aprisa, cuerpo de tal!
Logré robar el tesoro.
Andres. Cómo pesa el bien que adoro!
Quevedo. Tiene mas fuerza Marcial.
(Sacando la cabeza por la portezuela de la litera.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto primero. Luz en la escena.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ESPERANZA, MATEO.

ESPER. Y ahora hablareis?
MATEO. Sí, señora;
porque ahora nos encontramos
en lugar seguro, y yo
he cumplido con mi encargo.
ESPER. En el nombre de Quevedo,
me juraron vuestros labios
que peligraba mi honra
si no os seguia: bajamos,
y conducisme en mi silla
aquí, en donde os reclamo
la palabra que me dísteis
de hacer á mis ojos claro
el negro plan encubierto,
que hacia á mi honor agravios.
MATEO. Empiezo, pues. Yo, señora,
me llamo Mateo Cano,

y fuí soldado en Italia
con el de Alva, tres años.
Con justicia ó sin justicia
gané fama de bizarro,
y por esta cualidad
me estimaban los hidalgos.
Sobre todos don Francisco,
que es de valientes dechado.
Una vez por una moza,
las mozas eran mi flaco,
me trabé con un sargento
de palabras, y villano
me dá un bofeton: entonces,
ciego de coraje, parto
y le hiero, y á no hallarse
muy á punto un cirujano,
que le curó muy á punto,
me paga el bofeton caro.
Me prenden y me sentencian
á ser arcabuceado;
pero don Francisco, que era
del duque, no amigo, hermano,
logró mi perdon del duque,
á fuerza de suplicarlo.
A no ser por él hubiera
muerto, sin darme un abrazo
mi madre, una pobre vieja,
que rezaba mas que un santo,
y que he hecho llorar mas agua
que vino he bebido en jarro.
Pobre madre! murió á poco
tiempo que me licenciaron,
y al darme el último beso,
apretándome la mano,
dijo: « A Quevedo le debo
»la última dicha que alcanzo.»
Yo lloraba como un chico,
y aun hoy lloro al recordarlo.
Pero vos tambien, señora?

ESPER. Proseguid.

MATEO. Pasaron años:
mi oficio de tejedor

no me bastaba á mi gasto,
y siguiendo unos consejos,
no sé si buenos ó malos,
contando con mi bravura
y unido con unos cuantos,
me dediqué honradamente
á ser defensor de hidalgos.
Me encomiendan sus negocios;
siempre cara á cara ataco;
segun la causa y el precio,
pego de corte ó de plano;
si pierdo, callo y me curo,
y si gano, bebo y callo.
Don Andrés de Barrizales,
y que es muy buen parroquiano,
me encargó que os diera un susto,
á cuchilladas entrando
para que la gente os viera
desmayada y en sus brazos
esta noche.

ESPER. Tal infamia...

MATEO. Me habeis dicho que hable claro.
Allá fuí; pero no bien
abrimos la puerta, cuando
un hombre contra nosotros
á mandobles se abre paso.
Alzo mi acero, y por Dios,
que si á soltar llego el tajo,
me arranco despues yo mismo
el corazon á pedazos!
Es Quevedo; me conoce,
y al camarin señalando
en que estabais vos, señora,
«sálvala,» dice; «yo parto
á impedir que don Andrés
y don Marcial hagan daño.
Aqui no se halla segura;
en mi casa ponla en salvo.»
Yo no sé si sois su deuda,
ó si otro afecto mas santo
á defenderos le guia,
yo obedecí su mandato.

Ahora permitid que os deje.
Ese, señora, es el cuarto:
tal vez en este momento
necesite de mi amparo.
Adios, señora. (*Váse.*)

ESPER. Él os guie.
Qué es lo que me está pasando!

ESCENA II.

DOÑA ESPERANZA.

Muger y sola á la córte
venir, fué imprudente paso:
harto en mi niñez un dia
me lo dijo un desengaño;
le olvido, y vuelvo, y me asedian
dos mancebos, confiados
en hallarme sin marido,
deudo, valedor ni hermano;
pero cómo don Francisco
supo sus intentos bajos?
Por qué no me dió un aviso?
Por qué medio tan extraño
para librarme escogió?
Es misterio que no alcanzo
á penetrar... Y el billete
hoy por el duque firmado
tiene una intencion tan doble...
Tiene un sentido tan vago...
«Ya conoceis á Quevedo, (*Leyendo.*)
»quien con sus escritos sabios
»os asombró; le habeis visto;
»es bueno y es desgraciado:
»si á la soledad y al tedio
»se consiguiera arrancarlo,
»si una dulce compañera
»con su tiernísimo halago
»de la injusticia del mundo
»le compensara los daños,
»tal vez diera fruto opimo,
»en vez de secarse el árbol.

»A ser así, con qué gozo
»firmaria yo el contrato
»entre una noble señora
»y entre un varon tan preclaro.
»Don Luis Lacerda.» Él la casa
me buscó, y al propietario
dijo que viera, y Quevedo
al verme estaba turbado...
Acaso amor... Imposible!
No se ama en un dia tanto,
y él es la primera vez
que me ha visto; sin embargo,
á pesar mio, yo siento
que pienso en él demasiado.
Recuerdo como en un sueño
sus facciones. Cielos santos!
Seria... imposible! No!
Es locura imaginarlo!
Esperaré á que él aclare
el misterio... Siento pasos...
Hay llave por dentro... sí!
En seguridad aguardo!
(*Se entra en el cuarto de la derecha, cerrando la puerta, hasta que indique que debe volver á la escena.*)

ESCENA III.

ADAN *y* DOÑA ESPERANZA.

ADAN. Cierra la puerta... Quevedo,
abrid: soy yo, vuestro hermano...
Adan de la Parra. Fuisteis
á ver al rey á palacio?...
Mirad que el riesgo se aumenta,
pues jugais la vida... Vamos!
Abridme!!...
ESPER. Qué estais diciendo?
Quevedo...
ADAN. Jesus!
ESPER. Calmaos.
Sé que vuestras almas une

la amistad con tierno lazo,
y de algun riesgo sin duda
le preveniais... Fiaros
podeis de mí, que deudora
le soy del favor mas alto.

ADAN. El rostro es del alma espejo,
señora, dice el adagio,
y vos la teneis hermosa;
no puede á tan puros làbios
asomar una mentira,
que perdiera á un hombre honrado.
(Tengo que ir al Tribunal;
ya me estarán aguardando.)
Si á Quevedo veis, decidle
que no pierda tiempo en vano,
que suceda lo que quiera
en mi casa he de ocultarlo.
Aunque yo pierda la vida,
qué me importa, si le salvo?
Yo mi libertad le debo,
y en esto una deuda pago.

ESPER. Vos tambien? Adonde quiera
que ese hombre lleva sus pasos,
siembra el bien... Oh! si pudiese
á mi vez servirle en algo...

ADAN. Sois casada?...

ESPER. Esa pregunta...

ADAN. Esa pregunta es del caso,
pues si no lo sois, podeis
salvarle.

ESPER. Cómo?

ADAN. Casándoos
con él.

ESPER. Qué peligro corre
de no hacerlo?

ADAN. Ser tostado
ó no ver la luz del sol,
al menos por muchos años.

ESPER. Él! Y por qué?

ADAN. En una sátira
que á escribir le tentó el diablo,
el matrimonio pintó

con los colores mas malos.
En una comedia luego
vino á remachar el clavo:
hablóse mucho en la córte;
y cierta noche, en su cuarto,
cierta condesa–duquesa
propuso, en chanza, casarlo
ó achicharrarle soltero,
si desoía el mandato.
A Quevedo en un billete
se lo indicó: él no hizo caso,
y, en chanza, envió sus escritos
al Santo Oficio, encargando
que se examinase bien
si eran para el dogma un cáustico.
Y como por complacer
á la esposa del privado,
aun en chanza, se quemara,
no digo á Quevedo, á un santo,
no se admite otro mentís
á sus escritos que el lazo
de himeneo. De prenderlo
estoy yo mismo encargado:
si no es marido á las tres,
es prisionero á las cuatro.
Ya veis su apuro, señora;
dadle, por Dios, vuestra mano:
sois hermosa, ya lo veo;
él es feo, pero en cambio
debajo de la ropilla
tiene un corazon muy guapo.
Le sois de un favor deudora,
me dijísteis, pues pagádselo:
tiene regular hacienda...
Qué sentís?

ESPER. Un desengaño.

ADAN. Quevedo es un sabio...

ESPER. Sí,
un sabio, y no mas que un sabio.

ADAN. Pero vos...

ESPER. Yo le diré
puntualmente vuestro encargo.

ADAN. Pero...
ESPER. En el tribunal
os estarán aguardando.
ADAN. Pero...
ESPER. Callad ya: no veis
que me estais haciendo daño?
ADAN. Yo, señora, si...
ESPER. Id con Dios.
ADAN. (Si habré hecho mal, cielo santo!)

ESCENA IV.

DOÑA ESPERANZA.

Quien su mano conducia
no era el amor, era el miedo:
apenas creerlo puedo,
yo, que tan alto veia
á don Francisco Quevedo!
El que de su inspiracion
soltando el rico raudal
enaltece el corazon,
tiene miedo al tribunal
de la Santa Inquisicion.
Y en vez de amante, advertida
en mí fija la mirada
porque peligra su vida,
y me busca agradecida
para encontrarme obligada.
Todo era ficcion, ficcion,
y yo inmutarse le ví,
y escuché la conmocion
de aquella voz... ay de mí!
que llegaba al corazon!
El corazon... desvarío!
esa fuente de pasion
pronto la seca el estío.
Dónde hallar un corazon
como este corazon mio?
Aunque tristezas me das,
decir con orgullo puedo,
sintiendo que entero estás:

—Corazon, tú vales mas
que el corazon de Quevedo.

ESCENA V.

DOÑA ESPERANZA, DOÑA GAITANA.

ESPER. Quevedo!
GAITANA. Quevedo es
el hombre mas ruin...
ESPER. Gaitana!
tú aquí. .
GAITANA. Buscándoos.
ESPER. Sabias
en dónde encontrarme?
GAITANA. Vaya!
No os trajo aqui don Marcial
libertándoos de las garras
de don Andrés?
ESPER. Eso sabes?
(Me habrá vendido?)
GAITANA. Y venganza
vengo á buscar de Quevedo.
ESPER. (Siempre ese nombre!)
GAITANA. Canalla
como Quevedo...
ESPER. (Otra vez!...
Hizo alguna accion liviana?
GAITANA. Liviano es él y asadura,
y tambien la desollada
que le echó al mundo. Dios mio!
perdonadme si... *Ave gratia*..
plena...
ESPER. Pero en fin, qué es ello?
GAITANA. Qué es ello? Menos que nada.
Os lo voy á referir
con todas sus circunstancias
agravantes. El bandido
(que asi le fria la santa
Inquisicion, con manteca
de ahorcado, antes de la pascua),
sin saber cómo ó por dónde

estaba dentro de casa.
Le pregunto, me contesta
con muy melosas palabras;
pero de pronto catad
que me arremete á puñadas,
vis aut metus, como dicen
en la Instituta Romana;
y con sus dedos sacrílegos
la toca me desencaja,
y me despoja del manto,
y en fin, *Virgo predicanda*,
iba á dejarme lo mismo
que la primera mañana
en que por parir mí madre
vine á este valle de lágrimas.
Item pellizcando el hombro
ay Dios! que desnudo estaba,
«Chilla, bruja,» me decia,
«hija de una salamandra.»
A una ilustre señora
de tan ilustre prosapia.
Y delante de mí, *oh tempora*!
se mete dentro mi saya,
se reboza con mi manto,
por la escalera se escapa,
y me deja en el pasillo
con pudor y con enaguas.

ESPER. Y despues?

GAITANA. Todo en silencio,
yo recorriendo la casa,
solo encontré al rodrigon
escondido en una cámara.
Me visto y vengo á buscaros,
que aquí don Marcial se halla,
y protegerá á la dueña
como ha protegido al ama.
Y aqui ha de volver Quevedo,
y me ha de volver intacta
toda mi honra.

MARCIAL. (*Dentro.*) Mil tajos!...

GAITANA. Ya está ahí don Marcial. Venganza!

ESPER. Yo sé lo que hacer me toca:

venid conmigo á esa estancia.

GAITANA. Pero... señora...

ESPER. Venid.

GAITANA. Pero...

ESPER. Yo soy quien lo manda.

ESCENA VI.

DON MARCIAL *y* DON ANDRES, *conduciendo la silla.*

MARCIAL. Huyendo las rondas, tardo
en llegar una hora entera,
y ademas en la escalera
á poco vuelca Leonardo.
Signos son de mal agüero;
pero ya una vez aquí...
Vuelve á ese cuarto... Así...
Voy á darte tu dinero.
(*Entran la silla en el cuarto de la izquierda, y don Marcial se guarda la llave.*)

MARCIAL. Pues en asunto tan grave
me has servido, te lo aprecio
de este modo.

ANDRES. Es corto el precio.

MARCIAL. Qué precio pones?

ANDRES. La llave.

MARCIAL. La llave, dices?

ANDRES. Sí tal.

MARCIAL. Sabes con quién hablas?

ANDRES. Pues;
pero vos no.

MARCIAL. Don Andrés!

ANDRES. Qué os sorprende, don Marcial?
La guerra era nuestra enseña,
y ambos de ella hemos usado.

MARCIAL. Me ganasteis el criado?

ANDRES. Lo mismo que vos la dueña;
y pues estais obstinado,
juguemos en la partida
por esa llave la vida;
prosiga el lance empezado.

MARCIAL. Jamás un Pacheco cede.

Desenvainad sin demora.
(Aparece Quevedo en la ventana de la izquierda.)

ANDRES. Aqui no, que á esa señora
comprometérsela puede.

MARCIAL. Mirado sois.

ANDRES. Ya lo veis.
La noche en sus sombras crece;
bueno el Prado me parece
á esta hora.

MARCIAL. Como gusteis.

ANDRES. (Alli está Mateo, y basta.)
(Vánse, cerrando la puerta del foro.)

ESCENA VII.

QUEVEDO *en la ventana.*

Norabuena: si se baten,
aunque ambos á dos se maten,
no se ha de acabar la casta.
Sáqueme el Señor al fin
mejor en esta jornada
que al galan de la posada
y al galan de San Martin.
Desciendo: Dios sea conmigo.

ESCENA VIII.

Mientras Quevedo baja, aparecen en la puerta derecha DOÑA ESPERANZA *y* DOÑA GAITANA.

ESPER. Para obtener mi perdon
Ya sabes la condicion. *(Váse.)*

GAITANA. Sí, ya... (Soberbio castigo.
El es.)

QUEVEDO. Si en vez de reproches
(Acabando de bajar.)
ese ángel me da consuelo,
si yo en sus ojos de cielo
logro leer... *(Doña Gaitana mata la luz.)*
Buenas noches.

GAITANA. (Estando á oscuras es fácil
que se le pueda engañar
fingiendo la voz.)

QUEVEDO. (Qué es esto!
Tal vez un lazo...) Quién va!

QAITANA. Quien os ama, y por vos teme
con la mas tierna ansiedad.

QUEVEDO. Quién me ama?

GAITANA. (Si por marido
logro pescar al galan,
al Santo Cristo de Burgos
ofrezco un cirio pascual.)

QUEVEDO. Y quién es la que á buscarme
viene asi en la oscuridad?
Eres Silfa, que en mis sueños
formó mi bello ideal,
ó Bruja, que en una escoba
montada al sábado va?

GAITANA. Soy, Quevedo, una señora,
que arriesga su honestidad
para venir á deciros,
que os quieren vivo tostar
por herético á las tres,
si á las cuatro no os casais.

QUEVEDO. Atrasada es la noticia:
mas con quién me he de casar?

GAITANA. Vuestro corazon, Quevedo,
es bueno, noble...

QUEVEDO. Si tal
una muger me dijera...

GAITANA. Pues no os lo digo yo?

QUEVEDO. Ya!
Pero no hay luz... Vuestra mano...
(*Tomándola.*)
Vade retro! Satanás!
Te conocí, vieja bruja,
hija del mismo Belial.

GAITANA. Yo soy, que os vengo mi fé
á ofrecer...

QUEVEDO. Muger falaz,
si es tu cara de estameña
lo mismo que tu sayal,

si tienes los ojos verdes
como las lechuzas...

GAITANA. Bah!
si yo os ofrezco mi fé.

QUEVEDO. Y tambien tu fe-aldad.

GAITANA. La Inquisicion, don Francisco,
mañana me vengará.

QUEVEDO. Que me tuesten! Lo prefiero
á no casarme con tal
harpía, que con azufre
rebozada há tiempo está,
y la emplumaron diez veces
por zurcidora...

GAITANA. Callad,
lengua de escorpion.

ESCENA IX.

DICHOS *y* DOÑA ESPERANZA, *con luz.*

ESPER. Qué es esto!
Qué son tales voces?..

QUEVEDO. Ah!
Qué han de ser, señora mia?
Un diablo descomunal,
que armado de saya en tocas,
se vino el alma á llevar.
Quién te contó mi desdicha?

ESPER. Yo.

QUEVEDO. Vos, señora!

ESPER. (*A Gaitana.*) Marchad.

ESCENA X.

DOÑA ESPERANZA, QUEVEDO.

QUEVEDO. Cómo sabeis, señora...

ESPER. Vuestro amigo
Juan Adan de la Parra, hace un momento
se confió conmigo.
Una proposicion con que me ha honrado
de casarme con vos!... no es admisible;
casarme sin amor nunca he pensado.

QUEVEDO. Mas que un amigo tonto, es preferible,
señora, un enemigo encarnizado.
ESPER. Pero yo agradecida
al que por defenderme así se empeña,
busco la dueña, ofrézcole la vida...
QUEVEDO. Y me ofreceis la vida... con la dueña!
ESPER. No la admitís?
QUEVEDO. No á fé: no tiene encanto
para el que en triste soledad vejeta
esa vida, que todos aman tanto...
No es este mundo el mundo del poeta.
Yo nada soy, señora; nada puedo
por mi suerte funesta.
Al perderos á vos nada me resta.
ESPER. Nada es la gloria para vos, Quevedo?...
QUEVEDO. Qué es esa pobre gloria tan nombrada
al que tras su laurel no ve, señora,
ni el beso de la boca enamorada,
ni la luz de los ojos en que adora?
Triste trofeo de la triste historia
de un triste, á quien viviendo hicieron trizas.
Y cuando el infeliz alcanza gloria,
no quedan de su cuerpo ni aun cenizas.
No me cuido por cierto
de mis dichas aquí... despues de muerto.
Yo solamente en vuestro amor vivia.
ESPER. Tal me amais desde hoy... Quïén lo diria?
Tanto el amor de pronto os enajena?
QUEVEDO. Os burlais!... Feliz vos!... Solo el que quiere
con toda el alma, sabe la honda pena
de un pobre corazon, que amando muere.
ESPER. Basta de fingimiento: me es notoria
la historia de ese amor... tan verdadero,
y al duque le diriais otra historia.
QUEVEDO. Al duque...
ESPER. Ved su carta, caballero.
QUEVEDO. (*Despues de leer rápidamente la carta.*)
No consiento que asi mancheis su gloria.
Oid ahora lo que solo un dia,
que nunca llegará (vos lo habeis dicho),
salir debiera de la boca mia.
Una niña gentil, rosa temprana,

que apenas entreabría
su casto broche al sol de la mañana,
con su aromada esencia
supo embriagar el alma enamorada:
desde que ví la luz de su mirada,
hace años, es la luz de mi existencia.
Única flor con que bordó el destino
el ardiente arenal de mi camino...
ahora que veis que lloro,
decidme si es que miento ó que la adoro.
Una vez en el templo, un hombre osado,
por un error que le costó la vida,
tocó aquel bello rostro tan preciado
con su mano atrevida.
Al sacrílego ultraje
del templo le saqué: cruza el acero,
y ciego de coraje
junto á la casa del Señor le hiero.

ESPER. Erais vos!

QUEVEDO. Emigré: pasaron años,
años, sin ver la luz por quien existo.
No me importa: bien vale haberla visto
el sufrir tan amargos desengaños.

ESPER. Pero ahora la encontrais...

QUEVEDO. Es cierto. Ahora
no consiento que el duque nada pierda
en vuestra estimacion: don Luis la Cerda,
es mi amigo y no mas. Adios, señora.

ESPER. Quevedo, detened: el alma mia
se negaba á creer que en vos pudiera
caber miedo ó falsía.
Yo tambien en mis sueños me forjaba
un sublime ideal, y hoy decir puedo,
que antes de conoceros os amaba.

QUEVEDO. Vos, Esperanza, vos...

ESPER. Sí... yo... Quevedo.

QUEVEDO. Háblame, ilusion mia,
mírame, que te quiero estar mirando:
mírame mas aun... mas todavia:
si este es un sueño, oh Dios muera soñando.
El despertar despues... me mataria.

ESPER. No es sueño.

QUEVEDO. Es realidad? ó es desvario?
Para ser tan feliz, Señor, qué he hecho?
Se quiere el corazon saltar del pecho.
Me va el gozo á matar!... llanto! Dios mio!

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, DON ANDRES, DON MARCIAL, CORCHETES, DOÑA GAITANA, ADAN, *dentro.*

ADAN. Abrid.
MARCIAL. Á hacerlo voy yo,
que tengo llave.
GAITANA. Qué ruido!...
(*Se abre la puerta.*)
ADAN. Quevedo, sabed que...
ESPER. No
prosigais; es mi marido.
ADAN. Sí? Quitaos de delante. (*A los corchetes que se van.*)
ESPER. Si me ama...
QUEVEDO. Oh, dicha completa!
ESPER. La que le admiró poeta,
le sabrá adorar amante.
QUEVEDO. Angel de luz, tú verás
si basta á pagarte hoy
toda el alma que te doy,
la ventura que me das.
ANDRES. Marido!
QUEVEDO. Ya es ocasion
que pongais la carantoña,
porque me caso con doña
Esperanza de Aragon.
MARCIAL. Nos veniamos aquí
sin trabar la lucha fiera,
para que ella eligiera...
QUEVEDO. Justo: y me ha elegido á mí.
ADAN. Pero no cerrásteis. (*A D. Marcial.*)
MARCIAL. Pues.
ANDRES. Si será brujo!
QUEVEDO. Tal cual!
ANDRES. Lucido estais, don Marcial!

MARCIAL. Igual que vos, don Andrés.
QUEVEDO. Al cabo logré mi afan.
ADAN. Pues todo este beneficio
le debes al Santo Oficio.
QUEVEDO. De estas habrá pocas, Juan.
Y pues que de mi boda
se acerca el dia,
canto á los matrimonios
en seguidillas,
metro de baile,
que pueden castañuelas
acompañarle.
En el mar de la vida
náufrago el hombre,
es la muger la barca
donde se acoge,
y alli reposa
durmiendo al son del ruido
que hacen las olas.
Y unas veces le lleva
á puerto amigo,
y otras veces navega
sin rumbo fijo;
y aun otras varias,
si la barca no es buena,
suele hacer agua.
El que lo advierta á tiempo
ponga reparos,
el que sea inadvertido
que deje el casco.
Y el que no quiera
correr riesgo en el agua,
que ande por tierra.
Y yo que en Esperanza
pongo la mia,
de mi Esperanza espero
lograr la dicha.
Por sus luceros
modelo de maridos
será Quevedo.

FIN DE LA COMEDIA.

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 19 *de enero de* 1854.

Examinada por el Sr. Censor de turno, y de conformidad con su dictámen, puede representarse.

QUINTO.

POST-SCRIPTUM.

No me mueve al escribir estas líneas, ni baja adulacion, ni espíritu de pandillaje; toda mi vida he sido sobradamente franco, y asi me he visto de lucido: faltaria á mi deber si al dar á la prensa esta comedia, no dedicase una página á los artistas que con tanta inteligencia la interpretaron: el Sr. Romea estuvo á la altura de la justa fama que le coloca el primero entre los actores de España: el Sr. Guzman hizo llorar en el *Adan de la Parra*: la señora Carrasco, con sus maneras distinguidas y su esquisito buen tono, caracterizó admirablemente la dama discreta, altiva y amante del siglo XVII. La señora Sampelayo y el Sr. Pizarroso contribuyeron al buen éxito, desempeñando con acierto sus papeles. A la buena ejecucion de mi obra debo (por lo menos) la mitad de los aplausos con que el público ha querido alentar mi pobre ingenio: reciban estos renglones como una prueba inequívoca de mi gratitud.

N. Serra.

TÍTULOS DE LAS OBRAS.

ıleza contra Nobleza.
;ro y Blanco.
guno se entiende.
hay amigo para amigo.
es la Reina!!!

a heridas las de honor, ó el
esagravio del Cid.
car á rio revuelto.

Isidro (*Patron de Madrid*).
imágen.

bajar por cuenta agena.
idor, inconfeso y mártir.

Amor á la moda.
ı conjuracion femenina.
dómine como hay pocos.
ı llave y un sombrero.
a leccion de córte.
ı mujer misteriosa.
a mentira inocente.
a noche en blanco.
paje y un Caballero.
ı falta.
ıma noche de Camoens.
a historia del dia.

TÍTULOS DE LAS OBRAS.

ZARZUELAS.

El ensayo de una ópera.
Mateo y Matea.
El sueño de una noche de verano.
El Secreto de la Reina.
Escenas en Chamberí.
A última hora.
Al amanecer.
Un sombrero de paja.
La Espada de Bernardo.
El Valle de Andorra.
El Dominó Azul.
La Cotorra.
Jugar con fuego.
El estreno de un artista.
El marqués de Caravaca.
El Grumete.
La litera del Oidor.
Gracias á Dios que está puesta la mesa.
La Estrella de Madrid (*música*).
Tres para una.
La Cisterna encantada.
Carlos Broschi.
Galanteos en Venecia.
Un dia de reinado.
La Caceria Real.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: ***librería de Cuesta, calle Mayor, núm.***

PROVINCIAS.

Albacete.	Serna.
Alcoy.	Martí é hijos.
Algeciras.	Almenara.
Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Alvarez.
Aranjuez.	Sainz.
Avila.	Gomez.
Badajoz	Orduña.
Barcelona.	Viuda de Mayol.
Bilbao.	Astuy.
Burgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	Moraleda.
Castrourdiales.	García de la Puente.
Córdoba.	Lozano.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	Lara.
Ciudad-Real.	Arellano.
Coruña.	García Alvarez.
Cartagena.	Nadal.
Chiclana.	Sanchez.
Ecija.	Garcia.
Figueras.	Plá.
Gerona.	Dorca.
Gijon.	Ezcurdia.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Perez.
Habana.	CharlainyFernz.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Idalgo.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Sol.
Lugo.	Pujol y Masía.
Lorca.	Delgado.
Logroño.	Verdejo.
Loja.	Cano.
Málaga.	Moya.
Mataró.	Abadal.
Murcia.	Mateos.

Motril.	Ballesteros.
Manzanares.	Acebedo.
Mondoñedo.	Delgado.
Orense.	Ferreiro.
Oviedo.	Palacio.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hij
Palma.	Gelabert.
Pamplona.	Garcia.
Palma del Rio.	Gamero.
Pontevedra.	Cubeiro.
Puerto de Santa Maria.	Valderrama.
Puerto-Rico.	Marquez.
Reus.	Prins.
Ronda.	Moreti.
Sanlucar.	Esper.
S. Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Santander.	Laparte.
Santiago.	Sanchez y Ru
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alonso.
S. Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Alvarez y Con
Idem.	Hidalgo.
Salamanca.	Huebra.
Segorbe.	Clavel.
Tarragona.	Puygrubi.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Castillo.
Tuy.	Martz. Gonzal
Talavera.	Bidarte.
Valencia.	M. Garin.
Valladolid.	Aguilar.
Vitoria.	Galindo.
Villanueva y Geltrú.	Pers y Ricart
Zamora.	Calamita.
Zaragoza.	Viuda de He dia.